

El mismo mes...

Hoy gran excursión á Champrosay. Tranquilizado por el silencio que reina en los alrededores, enganché á Colaquet muy temprano, y nos fuimos. A falta de caras humanas, tengo necesidad de ver casas y caminos.

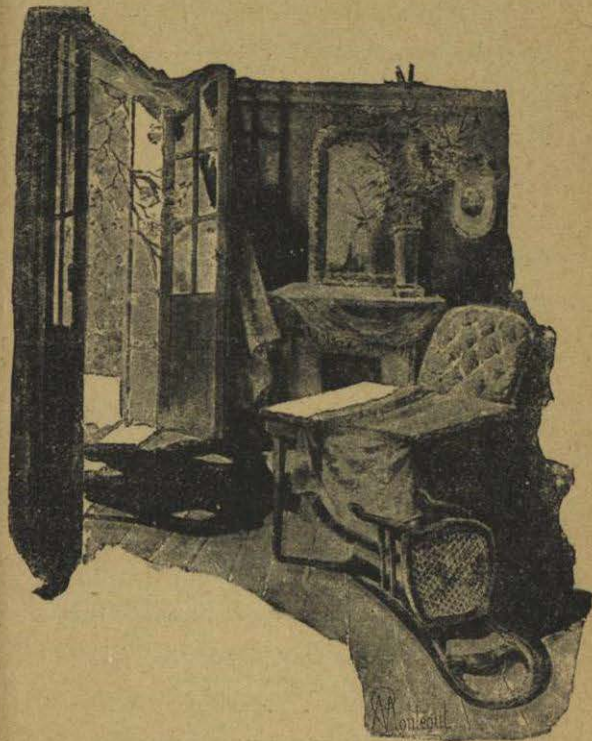
He encontrado la comarca tan desierta, tan silenciosa y mucho más lúgubre que la última vez. Los prusianos no han hecho más que pasar, pero han dejado sus huellas por todas partes. He creído ver un pueblo de Argelia después de una lluvia de langosta, algo así como descuidado, despojado,

roído, acribillado; las puertas y ventanas de las casas abiertas; lo mismo los enrejados de las perreras que las claraboyas de las



madrigueras. Entré en algunas casas... Nuestros campesinos tienen algo de árabes. Se les ve en los campos, en sus patios, á la puerta de sus casas, pero difícilmente dejan penetrar en su hogar á las gentes de París. Ahora podía escudriñar hasta el fondo esas

vidas desconocidas, todas esas casas abandonadas.



En ellas se veían las huellas trazadas en las campanas de las chimeneas, negras de

hollín, por las cuerdas de pequeñas calderas de hacer lejía, colgadas, fijadas en las paredes por clavos puestos al acaso, y en la mesa de nogal señales hechas con cuchillo por manos distraídas, rayas labradas entre bocado y bocado.

Todas esas casas de pueblo se parecen en su interior. He visitado una, sin embargo, que tenía un lujo mayor que las otras, un salón, ó por lo menos, una cosa que quería ser salón.

En una pequeña habitación, cuadrada, situada detrás de la cocina, habían puesto papel verde, colocado cristales de color en la ventana, morillos dorados en la chimenea, un velador y una gran butaca cubierta de tela persa usada.

Conociase allí toda la ambición de una vida de campesino. Seguramente aquel hombre debió decirse: "Cuando yo sea viejo y haya zaqueado mucho y sudado mucho, me haré burgués. Tendré un salón como el que hay en casa del alcalde, con

una buena butaca para arrellanarme." ¡Pobre diablo! ¡Bueno le han puesto su salón!

Salí de Champrosay con el corazón metido en un puño. La tristeza de aquellas casas abandonadas me había emocionado y se me había metido en los huesos, como el frío que se desprende de las paredes de una cueva. Así es que para regresar á la ermita dí gran rodeo por en medio del bosque. Tenía necesidad de aire y del espectáculo de la naturaleza.

Desgraciadamente, todo ese lado del bosque tiene cierto aspecto de salvajismo y de abandono, que tampoco es muy alegre.

Antiguas canteras en explotación han formado por todas partes enormes montones de piedra, promoviendo por todos lados gran dispersión de guijarros que hacen el suelo seco y estéril. No hay ni una mata de yerba en las veredas y senderos. No hay más que matojos y espinos, que salen de aquellos profundísimos agujeros y se agarran con todas sus raíces á las asperezas de

las piedras; y en aquel entrelazarse continuo de las ramas desnudas las canteras parecen mucho más hondas.

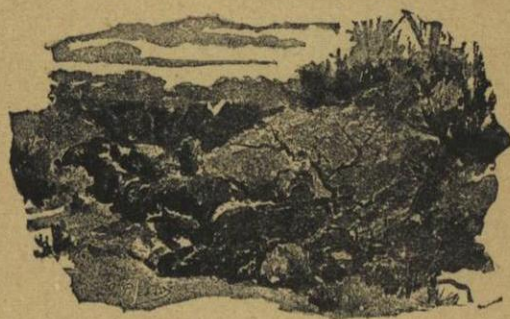
Íbamos hacia un rato á través de rocas, cuando de pronto Colaquet se para y empieza á menear las orejas con terror.

¿Qué ocurre? Me inclino, miro... Es el cadáver de un soldado prusiano que habían tirado de cabeza por la cantera abajo. Confieso que me estremecí. En medio de la carretera, en una llanura, aquel cadáver no me hubiera sorprendido. Donde hay tantos soldados y tantos fusiles parece como que la muerte ronda de continuo; pero allí, en aquel agujero, en aquella rinconada del bosque, aquel cadáver denunciaba un asesinato, un misterio... Fijándome con curiosidad he creído reconocer al merodeador del otro día, al que cantaba al mes de Mayo con tanta alegría y tan fuerte voz.

¿Lo habrá matado algún compañero mío? Pero en este caso, ¿de dónde habría salido aquel campesino? No queda nadie en

Champrosay, en Minville, en los Meillottes. Más bien se trataría de alguna riña entre camaradas, de uno de esos combates de borrachos como el que presencié desde las ventanas de la ermita...

Volví á casa precipitadamente, y toda la noche estuve pensando en aquel que tenía por único huésped, por único compañero en el bosque inmenso y triste, soñando con aquel cadáver tendido sobre la rojiza arena de las canteras...





Fecha desconocida...

Llueve, hace frío. Voy y vengo sólo por la Ermita, cogiendo leña y haciendo pan, mientras que el cañoneo resuena incesantemente, y por un fenómeno singular, sacude el suelo más todavía que el aire.

Con mis trabajos de prisionero, mi vida

egoísta y silenciosa en medio de este terrible drama, me hago á mí mismo el efecto de una hormiga agitándose á flor de tierra sorda á los ruidos de la humanidad, que es demasiado grande para su pequeñez, la cual, por lo mismo, la rodea sin perturbarla.

De cuando en cuando, para distraerme, emprendo una excursión á Champrosay, sin temor á los prusianos, quienes decididamente han abandonado la carretera de Corbeil y bajan hacia París por Melun y por Ville-neuve-Saint-Georges.

Dos ó tres veces, sin embargo, el galope de un caballo me ha obligado á refugiarme en algún cobertizo, y he visto desde allí un ordenanza con un parte, pasar rápido y presuroso, cruzando por la comarca, sólo para ponerla en comunicación con el cuartel general, para tomar posesión del camino y para señalarlo con las herraduras de los caballos prusianos.

Aquel pueblo desierto, con las casas abiertas, me interesa y me encanta como si fuese

una especie de Pompeya. Lo recorro, lo investigo y me entretengo en reconstruir la vida de sus antiguos moradores, todos ellos ausentes ahora...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.



Otro día...

Ocurre en torno mío algo extraordinario.
No estoy sólo en el bosque.

Evidentemente hay por aquí alguien oculto,
y alguien que mata.

Hoy en el lavadero de Champrosay he
encontrado otro cadáver. Un sajón echado

al agua, con la cabeza fuera y tendido sobre la húmeda margen del lavadero.

Cierto que allí, en el lavadero medio oculto en el soto, estaba tan escondido como el



otro que encontré allá en las canteras del bosque.

Por casualidad había llevado hasta allí á Colaquet para que bebiese. La aparición de aquel gigantesto cuerpo inmóvil me ha sobresaltado. Sin la sangre que inundaba la

pedra alrededor de su cabeza y se mezclaba



con el agua en los últimos resplandores de

un sol color de púrpura, se hubiera podido creer que estaba durmiendo; tan tranquila era la expresión de sus facciones. A menudo he observado eso en la cara de los muertos.

Durante un momento, tienen algo más hermoso que la misma vida; una serenidad sin sonrisa, un sueño sin respiración, un rejuvenecimiento en todo el ser que parece como un alto hecho entre las agitaciones de la existencia y las sorpresas de lo desconocido que se va á abrir ante ellos.

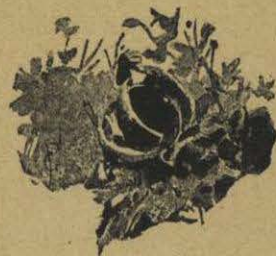
Mientras yo contemplaba aquel desgraciado, declinaba la tarde. A la hora del crepúsculo sin deslumbramiento, extendióse sobre todas las cosas una gran dulzura.

Los caminos se prolongaban regulares y rectos, y ya más luminosos que el cielo.

El bosque se esparcía en sombrías masas, y por debajo de mí se extendía un sendero á través de las viñas, que se iluminaba ya vagamente al resplandor de la luna.

En aquella naturaleza que reposaba, des-

pués de un día de fatiga, en los campos silenciosos, en el río mudo, en todo aquel paisaje tranquilo que iba entrando suavemente en tinieblas, había el mismo recogimiento, la misma dilatación que en aquella cara de soldado invadida por la muerte.





Otro día.

...Entre Champrosay y los Meillotes, en medio de un parque que bordea el Sena, se encuentra una preciosa casa Luis XV, del tiempo del marqués de Etolles y de madame Pompadour. Dos empalizadas rectas y tupidas bajan hasta el río, mostrando en verano, al final del verde follaje, un espejo de agua azul que se confunde con el azul del cielo. Toda la sombra de las viejas alamedas parece escaparse por esos dos agujeros de luz. A la entrada, cerca de las verjas, un ancho foso que limita el prado, una plazoleta de musgosos tilos, mojones desplicados por las ruedas de los carruajes, indican la antigüedad de esa discreta casa.

El otro día me vino en antojo entrar en ella. Por una alameda que daba vueltas y recodos, llegué á la escalinata. Las puertas de la casa estaban abiertas, los postigos rotos. En los grandes salones del piso bajo no quedaba ni un mueble. No había nada más que paja; y en la fachada, entre las esculturas de los balcones, huellas muy recientes y desconchones enormes delataban la bajada del mobiliario por los huecos de los balcones.

Lo único intacto que había era la sala de billar. Los oficiales prusianos son, como los nuestros, muy aficionados al billar.

Pero esos caballeros se habían entretenido en tirar al blanco contra un espejo, y aquel espejo, con sus rayas, sus quebraduras, sus agujerillos redondos, más negros todavía por lo mismo que estaban en la luna del espejo, parecía la helada superficie de un lago cruzado en todos sentidos por afilados patines.

Destrozadas á bayonetazos y culatazos las altas puertas de los balcones, daba paso al

viento que agitaba las hojas caídas de los árboles y las arrastraba por el entarimado del piso.

A la parte de afuera se engolfaba bajo la nave de la empalizada, se columpiaba, una barquichuela que había quedado olvidada en el estanque, lleno de ramas rotas y de doradas hojas de sauce.

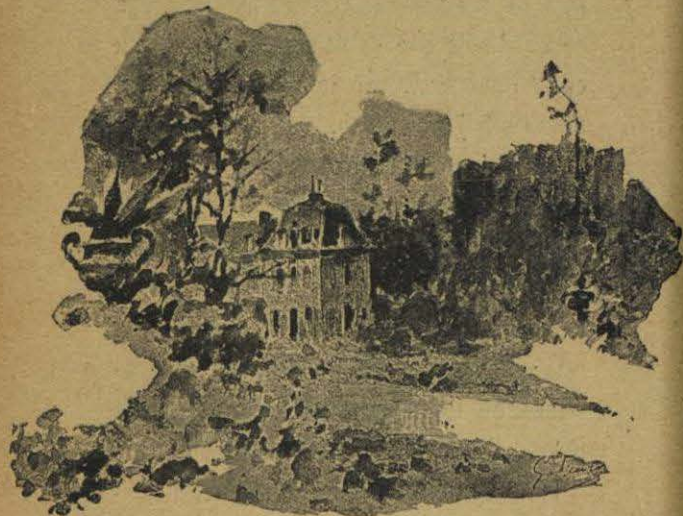
He andado las alamedas de un extremo á otro.

Hay allí, en el rincón de una terraza, un pabelloncito de ladrillo rojo que parece como que surge del mismo río. Acaso como está escondido entre los árboles, los prusianos no lo habrán visto. Y eso que la puerta estaba entreabierta.

He encontrado dentro un saloncito tapizado de persa clara rameada, que parece prolongación del jazmín de Virginia que se enreda por entre las tabletas de las persianas.

Un piano, papeles de música tirados por el suelo, un libro abierto, olvidado sobre

una silla de tijera colocada junto á un balcón que mira al Sena; y á la discreta claridad que penetra por las entornadas persianas, elegante y sobrio, en un marco dorado,



se ve un retrato de mujer. ¿Casada ó soltera? No se sabe. Morena, alta, de aire ingenuo, de sonrisa enigmática, de ojos de color pizarra. La mirada de esos ojos cambia según la llama que los alumbra. Es la prime-

ra cara que he visto desde hace dos meses,



y ¡qué animada, qué altiva, qué joven, á pesar de su gravedad!

La impresión que me ha producido ese retrato es singular... Soñaba yo en las tardes de estío que ha debido pasar *ella* allí, buscando soledad y frescura en aquel rincón del parque. El libro, la música, hablaban de una persona distinguida, y ha quedado su huella á la media luz de aquel reducto; algo así como un perfume del pasado estío, de la mujer ausente, de una gracia refugiada por completo en la sonrisa de aquel retrato.

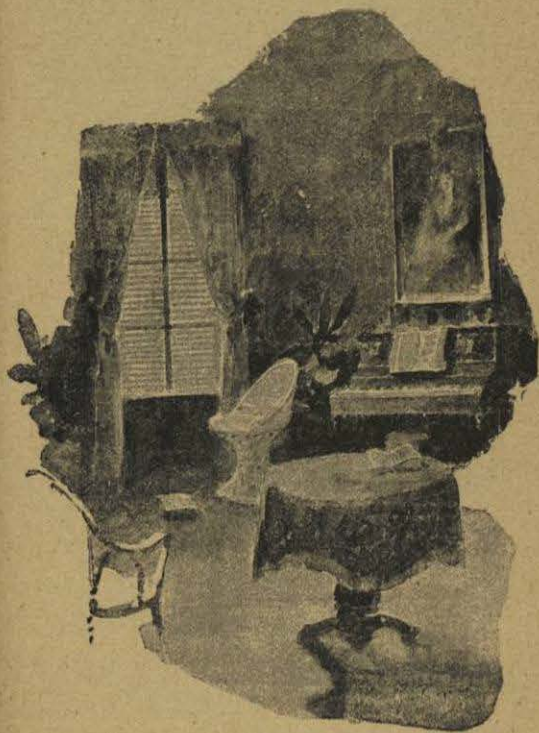
¿Quién es ella? ¿Dónde está? No la he visto nunca, y probablemente no me la encontraré jamás.

Y, sin embargo, no sé por qué, me ha parecido, al mirarla, que me encontraba menos solo.

He leído el libro que ella leía, feliz de encontrar en él su rastro, algo suyo. Y luego, no pasa ni siquiera un día sin pensar en esa mujer.

Me parece que si tuviese ese retrato aquí, en la Ermita, estaría menos triste; pero para completar el encanto de la casa, sería nece-

sario también tener el jazmín trepador del pabellón, los rosales de la orilla del estanque y las pequeñas plantas silvestres del foso, cuyo sabor amargo siento al escribir estos renglones.





Por la tarde, al volver.

Una tarde, al volver á casa... he encontrado otro prusiano muerto. A este lo habían tirado en un pozo que hay á la orilla del camino.

Es el tercero... Y siempre la misma herida: un corte tremendo en la nuca...

Parece una firma; se trata siempre de la misma mano.

Pero... ¿quién será?